

co, siempre que fueran iglesias designadas a tal efecto por el obispo a cuya diócesis pertenecieran. Sabido es que las iglesias de los monasterios de religiosas «entran» en el número de las designadas, por razones evidentes. Conocido lo que antecede, yo me pregunto: ¿y si lo que ocurrió —y Unamuno apunta en sus *Notas*— fue, sencillamente, que él mismo acudió ese día, 2 de agosto, a la iglesia de las Ursulas para ganar la indulgencia plenaria? Sabrosísima anécdota, a mi juicio, cuyo análisis —que el espacio tiránico me impide hacer aquí— se advina grávido de pormenores enriquecedores de la coherente contradicción unamuniana. En Unamuno nada sorprende porque todo es sorprendente.

El segundo detalle nace de la lectura de B2 (pág. 29). Escribe Unamuno: «Esos desdichados, el obispo Echeguren, el magistral Romero». Feal, luego de glosar la figura de Echeguren, dice: «No hemos podido identificar a Romero» (pág. 140). Creo no equivocarme identificándolo yo. Don Francisco Romero fue canónigo *magistral* de la Catedral de Zamora. Lo conocí en 1960. Era un hombre ya entrado en años, pulquérrimo, manos blanquísimas, sotana impoluta, alzacuello morado, gestos y palabras de una educación selectísima y en nada afectada, fino degustador de *cognac* francés en austerísimas libaciones, amenísimo conversador y predicador «magistral»... Se cuentan anécdotas en las que el cardenal Segura y el magistral Romero tuvieron sus más y sus menos. Era, como es lógico, un monumento viviente en la monumental y pequeña ciudad de Zamora. Era, sobre todo, un personaje entrañable.

V. Algunas impresiones personales

Cuando los «leedores» nos transformamos en «lectores» —metamorfosis personal irremediablemente necesaria para que la operación de leer textos literarios, aunque no sepamos ni siquiera medianamente bien qué es un texto *literario*, sea una auténtica operación lectora—, el texto leído se convierte en hontanar de sugerencias que nos salpican de forma inesperada y, casi siempre, sorprendente. Placer/fracaso del texto. Experiencia estética. Dejarse salpicar. Pasividad/actividad. Tristeza dulce/dulzura triste... «Trilcedumbre».

Yo confieso que la primera lectura del texto unamu-

niano me recordó, me colocó delante, me presencializó, de forma inexorable, tajante, inesquivable, adensadamente abrumadora, el poemario *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo. Un caso flagrante, como se ve —y reconozco—, de (de)formación profesional y un argumento sólido a favor de la identidad —o identificación— de competencia y (de)formación, cuando los saberes se dejan impregnar de un aroma obsesivamente cordial, humano, exactamente humano; imprescindible.

Las lecturas sucesivas hicieron más intensa la impresión recibida en la primera, y un análisis atento —no tuve necesidad de realizarlo en profundidad— me llevó a la simple constatación de que la comparación entre el texto unamuniano y el texto vallejianero emergía por sí sola, dejando al descubierto llamativas coincidencias y diferencias, paralelismos nítidos y divergencias. El talante poemático —poético-lírico— del texto de Vallejo no admite dudas, nadie las ha tenido a este respecto, y yo mismo he escrito en diversas ocasiones sobre él. Pero la conclusión a la que llegué —y que sigo defendiendo— me dio/da pie para afirmar que, a pesar de su fragmentarismo —o precisamente a causa de él—, a pesar de ser un acervo de notas fulminantes —o precisamente por eso—, también el texto de Unamuno tenía —y tiene— un talante decididamente poemático —poético-lírico—.

Feal no trata este aspecto; ni siquiera alude a él; no tenía por qué hacerlo: su designio era otro. En cuanto a mí, estoy convencido de que esta idea tiene el calado, la originalidad y la importancia suficientes para merecer un extenso e intenso trabajo de investigación crítica comparada. Obviamente, no lo haré aquí. Pero me resulta tan tentador que un día —si antes algún avisadillo no persigue y da alcance a esta liebre levantada por mí—, me daré el gusto de realizarlo. Con esto quiero decir que aquí, forzosamente, tengo que reducir esa intención tentadora a unas pocas afirmaciones básicas —generales y comprimidas— y a unos cuantos ejemplos textuales que las garanticen. Vaya por delante una observación que, por lo demás, es redundante: el texto de Unamuno no está totalmente elaborado a niveles formales; el de Vallejo, sí. La consecuencia que se desprende de este hecho tiene un interés especial: el texto de Unamuno es más espontáneo y, por tanto, más «egoísta» —entiéndase el término—: el de Vallejo es más disciplinado y, por tanto, más literario, es decir, más «lírico».

Estas son mis reflexiones/afirmaciones:

1.^a) *El título*. No es necesario, pero si un texto lo tiene, ese título ya no es indiferente. Unamuno y Vallejo titulan sus textos respectivos. Unamuno, así: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas. Venga a nos el tu reino*. Vallejo, así: *España, aparta de mí este cáliz*. Las coincidencias saltan a la vista. Subrayo una: la referencia religiosa. Unamuno la toma del Padrenuestro, en la forma oracional que por entonces tenía, y que remite al Evangelio (Mt 6,10; Mc 6,9). Vallejo copia la suya —leve pero significativamente alterada— también de los Evangelios (Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42). Las referencias religiosas son muchas más en ambos textos. Yo mismo he estudiado todas las que subyacen en la poesía completa de Vallejo (ver *Cuadernos Hispanoamericanos* 456-457, 1988, págs. 641-716); sencillo, pues, resulta hacer un rastreo similar en este texto de Unamuno, escritor que ha aturcido, como muy pocos, su obra con ecos bíblico-religiosos, en una especie de obsesión retórico-confirmadora de la escritura textual que, a su vez, parece ser espejo/reflejo de vivencias personales muy íntimas y trágico-dramáticas. El estiramiento que Unamuno hace de las ideas —o, si se prefiere, citas— bíblico-religiosas y su peculiar manera de aplicarlas a realidades concretas —al modo de ser del pueblo español, por ejemplo— son algo conocido y quiero creer que correctamente conocido, aunque tengo algunas dudas que las chispas de este texto se encargan de avivar.

2.^a) *La realidad asumida*. La circunstancia histórica concreta que azota a Unamuno y a Vallejo es la misma: la guerra civil de 1936. Don Miguel escribe durante los tres primeros meses de la contienda, y muere sin poder verla terminada. Vallejo escribe en plena contienda, y muere, también, un año justo antes de su final. No se trata, pues, de varias circunstancias idénticas; se trata de una única circunstancia, la misma para los dos. Y esa circunstancia —la guerra— funciona como estímulo, revulsivo o acicate que incita y excita a los dos a pensar y «repensar» España y a pensarse y «repensarse» a sí mismos y su obra (pág. 31), de forma existencial.

Resulta lógico, por tanto, que a Unamuno se le presenten, como un ejército de afiladas lanzas, los problemas más agudos que han sido el torcedor de su conciencia a lo largo de su vida consciente y de su obra escrita

(pág. 31). La asunción de esta complejidad realidad vital desencadena el mecanismo de una meditación textual incoherente (?), colérica, contradictoria, aterrorizada, trágica y dialéctica sobre sí mismo y sobre la circunstancia que está urgiendo la realidad personal y objetiva hasta colocarla en un punto de tensión inexorablemente crítica: Unamuno, despavorido, contempla su vida —sus actos— ante el muro desnudo de la muerte. «Tengo miedo» (pág. 51), escribe.

El proceso de Vallejo puede parecer distinto. Y lo es, en cuanto que cada hombre hace en solitario su propio camino, y no tengo la vista tan cansada como para no ver que reacciones y procesos como los aquí individualizados en/por Unamuno y en/por Vallejo los experimentaron muchísimos otros —decir que los experimentaron todos no sería exagerado— y que muchos dejaron constancia escrita, pública y publicada, de ellos. Cosa parece de Perogrullo, pero lo característica de las perogrulladas consiste en exceder a las verdades que anuncian, precisamente en el hecho verbal de enunciarlas. Quiero decir que Unamuno y Vallejo son tomados aquí como prototipos, como ejemplos representativos —que no exclusivos— de un peculiar modo de asumir una realidad que les afectaba, pero yo no digo que les afectara a ellos en exclusiva. Pues bien: la realidad asumida por Vallejo es la de una España «con su vientre a cuestras» (Vallejo, pág. 264. Cito por César Vallejo, *Poemas humanos. España, aparta de mí este cáliz*, ed. de Francisco Martínez García, Madrid, Castalia, 1987. En adelante, V.), expresión que equivale a la unamuniana «revolución y guerra civil españolas» (pág. 17). Parece diferir la actitud psicológica —existencialmente intelectualizada en Unamuno; existencialmente ingenua en Vallejo; pesimista, decepcionada, colérica y atrabiliaria en Unamuno; optimista, ilusionada, piadosa y utópica en Vallejo—, pero esa diferencia, a mi juicio, es tan sólo diferencia en entonación textual y tiene su fundamento crítico en el «diferente» estado de colaboración de los textos: meras notas en Unamuno, poemas trabajosa e incansablemente terminados en Vallejo. Al citado «Tengo miedo» de Unamuno, se corresponde en Vallejo este pánico desconcierto poemático:

... no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo